ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

OBSERVACIONES DE ASTRONOMÍA PSÍQUICA

Nosce te ipsum.

En el número de Septiembre de 1905 de esta misma revista publiqué un artículo titulado «Astronomía psíquica».

Mis ideas sobre tan atrevido problema las resumía diciendo que creía posible una astronomía psíquica; que el hombre á quien vemos por el mundo es mera parte integradora de un gran conjunto, de un sistema psíquico de admirable contextura, invisible para nuestra grosera vista, y sujeto á las leyes parecidas á las del sistema planetario, leyes reguladoras de la muerte y de la vida.

Expresaba primero que los esfuerzos de abstracción y generalización que han levantado el prodigioso edificio matemático se han ido traduciendo en leyes inflexibles, aplicables á la fenomenología del Universo, y que los conceptos enlazados con el número se han ido encarnando en la ciencia y en la vida hasta traer la interpretación de ellas bajo la férula matemática. Presentaba á este objeto multitud de ejemplos de diversas disciplinas, para terminar afirmando la existencia de números hoy desconocidos, reguladores de nuestro vivir, ya que en nuestras personas se dan cita las ciencias todas, esas mismas ciencias que siempre dependen del número.

«Me hago la ilusión de creer—añadía—que puede sorpren-

derse cierta periodicidad en la fenomenología de mi vida, y de que el ciclo de ella parece fijarse con singular constancia en los catorce años, cual si en ese eterno girar del yo inferior ó fenoménico que cambia en torno del Yo Superior ó numérico, que es siempre el mismo, determinase, por decirlo así, una órbita psíquica con sus perihelios, afelios y equinoccios, analógicamente á lo que entre la Tierra y el Sol ocurre, repitiéndose al cabo de semejante ciclo ó período análogos hechos, á la manera como al cabo del año se reproducen las estaciones en nuestro planeta, y pese á nuestra cacareada libertad, sobre la que tanto queda que inquirir aún.»

Determinaba después, á partir de mi nacimiento, los dos *puntos solsticiales y equinocciales de la referida órbita* en torno de mi Yo permanente. El primero, ó de *afelio psíquico,* caracterizándole por su relación con hechos físicos concretos, tales como mi nacimiento, mi pubertad y el nacimiento de mi primer hijo; el segundo, ó *perihelio psíquico,* marcado por hechos de índole superior, tales como iniciaciones y descubrimientos, y el de los dos puntos equinocciales, simbolizados por crisis, atonías, enfermedades y viajes principalmente.

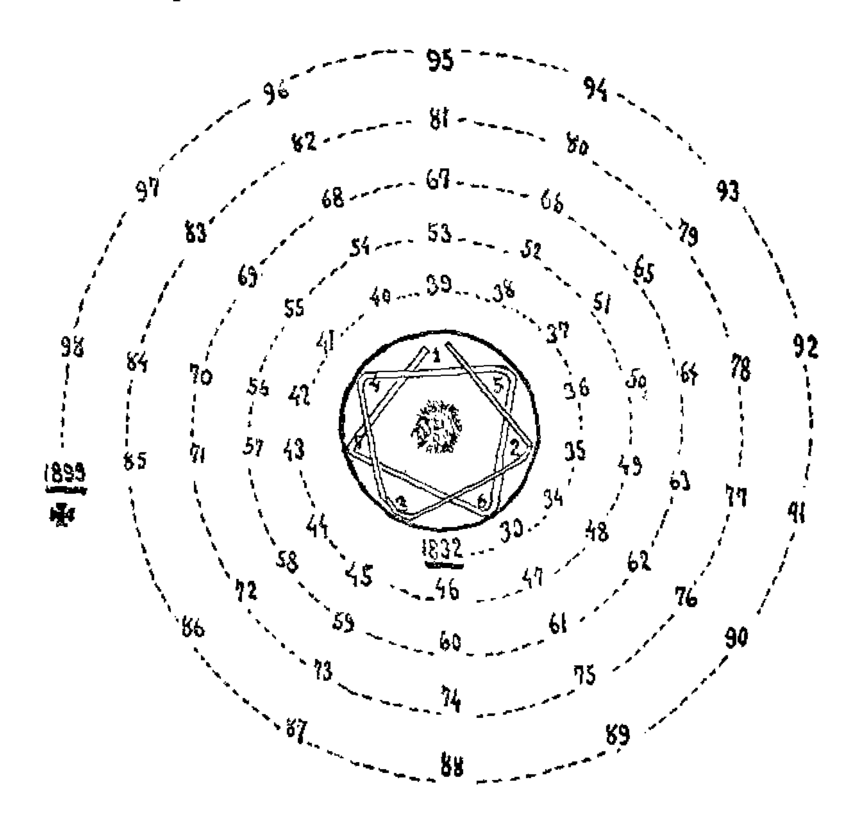
Prescindimos de traer aquí, á fuer de largo y enojoso, el detalle de nuestras observaciones, las que están, sin embargo, á disposición de los investigadores de buena voluntad. Pero faltaríamos á nuestros deberes si no consignásemos algunas notables coincidencias de dicha órbita psíquica con la de otros observadores y hombres notables.

Empecemos por Castelar.

Tengo á la vista el hermoso libro que Julio Milego consagra al «Verbo de la Democracia». De sus emocionantes relatos describiendo los vivires de Castelar, apunto: el gran repúblico temía horriblemente la llegada de los años *nueves,* porque, en efecto, el 39 perdió á su padre; el 49 sufrió las más amargas miserias y privaciones; el 59 murió su madre, y él murió también para el amor; el 69 arrostra por sus ideales la lucha más ruda hasta llegar pronto á sus fracasos gubernamentales; el 79 enfermó gravísimamente; el 89 pierde á su hermana, en quien idolatrara, y el 99 moría él, al par que se hundía en París la gran Patria que él cantó como niguno...

¿Qué hacer á la vista de estas luctuosas fechas, parangonadas con las otras de sus apoteosis, del 54, el 68 y el 81? Como

matemático honrado, tiro de compases y trazo el gráfico adjunto ú órbita, por decirlo así, del tribuno:



¡Oh sorpresa! Las fechas de abajo representan el afelio psíquico de Castelar de este modo: 1832, el nacimiento, la mayor de las desgracias humanas; 1846, sus penurias mayores; 1859 y 60, su desengaño amoroso y la muerte de su madre; 1874, su caída y la de la república que fundó; 1888, su retirada política...

Las fechas de arriba ó del psicoperihelio castelarino no son menos elocuentes en nuestra *petite astrologie:* 1853 y 54, sus triunfos, coronados por el del Teatro de Oriente; 1867 y 68, su paseo glorioso por Italia, Suiza, Inglaterra y Francia y su triunfal regreso á España; 1881, apogeo de su posibilismo; 1895, su apoteosis mundial como escritor, demócrata y estadista.

Las siete fechas *nueves* de los fundados miedos de Castelar

se ven clarísimamente en nuestro gráfico, interesando con toda regularidad, y de cuatro en cuatro, los siete puntos impares de su órbita, á contar del perihelio, según expresan los números y flechas internos de la figura, que tienden á formar algo así como un heptágono estrellado, que diríamos tomándonos una licencia geométrica.

No menos evidenciados resultan sus momentos ascendentes y descendentes. Los años de la derecha, 1848, 49, 50 y 51 se caracterizan por sus triunfos en las aulas y Escuelas; el 64 por la fundación de *La Democracia;* el 65 por su artículo «El rasgo»; el 66 por su huída al extranjero al ser condenado á muerte; el 80 con su nombramiento de Académico de la Española, y el 93 con el homenaje recibido al inaugurarse la Exposición de Chicago. Entre las fechas descendentes ú otoños psíquicos vemos los años tranquilos de su cátedra (1856 al 60); sus desdichas gubernamentales, (1870-74); sus debatidos desastres políticos (1885-88), y sus mayores miserias y torturas (1842-46).

Días pasados leímos en un periódico las seguridades de vida que aún alegran la ancianidad de Pío X. El Pontífice parece guardar en gran estima al número *seis,* cual si su ciclo fuera de seis años ó de dos veces seis años, es decir, de doce años. Cuando durante el año pasado los médicos temieron por su vida, él les oponía confiado su *ciclo del seis,* por cuanto parece ser que llevó seis años de presbítero coadjutor, seis de párroco, seis de prelado y seis de patriarca de Venecia, por lo que añadía: «Confío dure seis años también mi pontificado».

Hoy nos dice un amigo que Goëthe tenía también su número cíclico, el *nueve,* si no recordamos mal. Un examen detenido de la vida del inmortal cantor de Fausto, respecto de este punto, sería de alto interés, interés no menor que el que la de todos los grandes hombres y sus supersticiones nos ofrece.

Muy de desear sería también que las personas peritas, suficientes conocedoras de sí mismas, emprendiesen, pese á las naturales molestias de asunto tan abstruso, la noble tarea de autoinspeccionarse á sí propios, con lo que por lo menos no quedaría incumplido, cual de ordinario, el precepto socrático.

Que otros lo entienden así lo prueba el hecho siguiente: don Julio Fermaud, hombre de negocios de Bilbao, me escribía con motivo del repetido trabajo: «Hasta tal punto me ha llamado la atención su «Astronomía psíquica», que emprendí un examen

detenido de mi vida pasada (cosa ya hecha en parte anteriormente). Le acompaño sus resultados en el diagrama adjunto y creo serán de interés. Si fuera posible recoger cierto número de semejantes exámenes particulares, hechos con toda la reflexión y comprensión psíquica que requiere el caso, habría lugar para desarrollar en gran manera las observaciones ya verificadas. En mi caso, si bien tal vez no todo se sujeta exactamente á lo indicado por su propio examen, es indudable que el derrotero general se sigue bien. Es notable, especialmente, el desarrollo psíquico del perihelio y los acontecimientos violentos de los equinoccios, incluso la muerte de padre y madre á la izquierda de la línea de solsticios». A continuación, el Sr. Fermaud describía sus diversos momentos astropsíquicos con notoria claridad.

¿Son, pues, convenientes las observaciones sobre astronomía psíquica, ó más propiamente hablando, sobre Astrología?

Sí y no, según el objeto que con ellas se persiga.

El detenido estudio de la doctrina arcaica atesorada en las supersticiones y en las tradiciones religiosas de todos los pueblos acusa la existencia en tiempos muy remotos de esta hoy desacreditada ciencia que hiciese sabio por antonomasia á nuestro incomparable Alfonso X. Sus fines nobilísimos se encaminaban á descubrir científicamente qué conexiones numéricas podrían mediar entre los números que á los planetas rigen en revoluciones orbitales y diurnas, volúmenes, peso, densidades, distancias, etc., etc., y los números con ellos concordados que influyen sobre nuestra vida, tales como—entre otros mil—la revolución orbital del mayor de los planetas (Júpiter), poco ó nada menor que el tiempo en que la mujer suele ser púber, ó la de la Luna, el astro anterior á la Tierra, quien marca también para la mujer una periodicidad funcional harto sabida, ó la de Venus, el astro que subsigue á la Tierra en su serie de pequeños planetas, y cuyo período traslaticio es de duración igual al de la gestación del hombre.

Pero tamaña ciencia ha sido desacreditada en manos pecadoras, que han querido hacerla servir para fines bastardos de egoísmo, prostituyéndola con miserables conatos de ansiosa adivinación del porvenir. A bien que sus propias dificultades intrínsecas han defendido contra la profanación al santuario y hasta castigado con la locura á los profanadores; pero á la in-

vestigación seria, sin fines pequeños, han estado siempre expeditos sus secretos, y ella contiene la clave reveladora del lazo de unión entre el hombre y su planeta, dentro de comunes destinos, lo mismo que la Alquimia verdad contiene secretos hondísimos, no tanto de transmutar bastardamente el plomo en oro cuanto de encontrar la verdadera piedra filosofal, fórmula reveladora del secreto de nuestra existencia y nuestro Cósmico Destino.

De aquí la doble necesidad en que nos vemos de estimular entre los sensatos el estudio *desinteresado* de tal psicoastronomía, y de prevenir á los ignorantes contra los peligros enormes de su estudio egoísta ó irreflexivo, que le llevarían irremisiblemente á su ruina, porque sus enseñanzas igual son triaca salvadora en manos del médico, que veneno letal en poder del asesino.

Observemos, por último, que sus fórmulas, mal interpretadas, nos pueden llevar á un fatalismo estúpido que ahogue nuestras libérrimas iniciativas. No y mil veces no. Aunque los movimientos orbitales de nuestro yo inferior parezcan fórmulas de un inexorable destino, ellos penden siempre del empleo que demos á nuestra voluntad y á nuestra mente. Sus vueltas ó espiras pasadas son resultado, en cierto modo, fatal de los *processus* vitales que les antecedieran, mas las vueltas que por venir aún restan están integradas por dos fuerzas: la resultante de lo que libre ó fatalmente hiciéramos, y el incremento que en ella introducimos paso á paso con el juego de aquellos personales poderes mentales y volitivos, ya que la tela de nuestra existencia, por nosotros, que no por nadie tejida, tiene una doble trama: la de nuestra Voluntad y la de nuestra Herencia, Karma ó Destino. En estados infantiles como los que aún atravesamos, *esto vence á aquéllo;* en estados superiores, la Voluntad triunfa y el superhombre se moldea á sí mismo.

M. ROSO DE LUNA

LAS SEIS DIRECCIONES

---

1. Mientras el Bhagavat moraraba en el bosque de bambús inmediato á Radjagriha, halló una vez en su camino á Srigala, un padre de familia que, con las manos juntas, se volvía hacia los cuatro puntos cardinales del mundo y hacia el zénit y el na-

dir después. El Bienaventurado, conociendo que se trataba de una superstición religiosa tradicional, á fin de alejar el mal, le preguntó á Srigala: «¿Por qué hacéis esas extrañas ceremonias?»

2. Y Srigala respondió: «¿Encontráis extraño que proteja mi hogar contra las influencias de los demonios? Sé muy bien ¡oh Gotama Sakyamuni!, á quien el pueblo llama el Tathagata y el Buddha; sé que vais á decidme que los encantamientos no tienen ninguna utilidad, ni poseen ningún poder salvador. Pero oidme y sabed que ejecutando este rito honro, respeto y venero las palabras de mi padre.»

3. Entonces el Tathagata dijo:

4. «Hacéis bien ¡oh Srigala honrando, respetando y santificando las palabras de vuestro padre, y es vuestro deber proteger vuestro hogar, vuestra mujer, vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos contra los malévolos asaltos de los espíritus malos. No veo mal en que cumpláis el rito de vuestro padre; pero veo que no comprendéis la ceremonia. El Tathagata, que os habla en este momento como un padre espiritual, y que no os ama menos que vuestros padres, va á explicaros la significación de esas seis direcciones.

5. No basta proteger vuestra casa por medio de ceremonias misteriosas; debéis protegerla también por medio de buenas acciones. Volveos hacia vuestros padres al Este; hacia vuestros maestros al Sur; hacia vuestra mujer y vuestros hijos hacia el Oeste; hacia vuestros amigos, al Norte; poned en el zénit vuestros parentescos religiosos, y debajo, en el nadir, á vuestros servidores inferiores.

6. Tal es la religión que vuestro padre os manda confesar y la celebración de la ceremonia debe haceos recordar vuestros deberes.»

7. Y Srigala, alzando los ojos, miró al Tathagata como hubiera mirado á su padre, y dijo: «En verdad ¡oh Gotama! sois el Buddha, el Bendito, el santo Maestro; no lo sabía aún, pero desde ahora lo sé. Me habéis revelado la verdad oculta como quien pone una lámpara en las tinieblas. Yo me refugio en el Maestro esclarecido, en la verdad que ilumina y en la cumunidad de los hermanos que han encontrado la salvación.»

Paul CARUS

EL SACRIFICIO

(CONCLUSIÓN)

Esta es, pues, la Ley del Sacrificio, que debemos tratar de comprender. Dar generosamente, y siempre y constantemente dar, pues por esto y sólo por esto vivimos.

Al entrar en el Nivritti Mârga, en donde la Renunciación se nos ofrece como guía, su voz puede parecer severa y desagradable, y su aspecto puede parecer casi amenazador. Tened, sin embargo, confianza en ella, cualesquiera que sean las apariencias externas, y tratad de comprender por qué el sacrificio nos presenta á primera vista la idea del sufrimiento.

Desde el punto de vista de la forma, el aspecto del sacrificio entraña la destrucción de las formas, el desprecio de las cosas; y la forma, que siente que la vida se le escapa, llama en su angustia y terror á la vida que huye, la cual es la base y origen de su misma existencia. Por este motivo consideramos al sacrificio como un acto doloroso, como un acto que va acompañado de angustias y terrores, y este estado de cosas perdura en tanto que nos identificamos con la forma.

Pero cuando principiamos á vivir la vida del Espíritu, la vida que reconoce al Uno en las múltiples formas, entonces principia á descender sobre nosotros la suprema verdad espiritual de que el sacrificio no es el dolor, sino el goce; que no es el pesar, sino la alegría; que aquello que es doloroso á la carne constituye la felicidad del Espíritu, que es nuestra verdadera vida. Entonces vemos que el aspecto del sacrificio que tan doloroso se nos presentaba, era una completa ilusión; vemos que más sutil que ningún placer que el mundo pueda darnos; que más satisfactorio que ningún goce que la riqueza ó la posición social puedan prestarnos; que mayor felicidad que ninguna de las que el mundo puede ofrecernos, es la felicidad del Espíritu libre que, expansionándose y abarcando más amplios horizontes, halla su unión con el Yo, y comprende que vive en muchas

formas, que fluye á lo largo de muchos canales, en vez de hallarse limitado á una sola forma.

Esto es lo que constituye el goce y la alegría de los Salvadores de la humanidad; de Aquellos que se han elevado al conocimiento de la unidad y se han convertido en los Guías, en los Maestros y Redentores de la raza. Paso á paso, lenta y gradualmente. Ellos han subido cada vez más arriba, y cruzando el Abismo de la Nada, de que hemos hablado, han puesto un pie sobre la otra orilla. Ellos han recobrado la percepción de la realidad de la vida, y dentro del Abismo de la Nada, en el cual por un momento parecía que Se habían perdido, Se hallaron súbitamente por encima del mundo de las formas. Vistas las formas desde este elevado nivel, todas ellas constituyen los vehículos de una Vida y Yo Único que las vivifica. Ellos han hallado, con un sentimiento de gozo y alegría inexplicables, que el Yo viviente puede fluir, expansionarse y vivir á la vez en todas las innumerables formas, y no ven diferencia alguna entre una y otra forma, sino que todas son los canales de un solo Espíritu.

A esto es debido que el Salvador del mundo pueda ayudar á la raza y prestar auxilio á Sus hermanos más débiles. Habiéndose elevado á esta gran altura, en donde todos los yos se perciben como un solo Yo, todas las diferentes formas son su propia forma. Él Se percibe en todas y en cada una de estas formas. Puede gozar con la alegría y sentir pesar con la tristeza. Es débil con los débiles y fuerte con los fuertes; todos constituyen una parte de Sí Mismo. Para Él son iguales el justo y el pecador. No siente atracción por el primero ni repulsión por el segundo. Puede percibir el Yo Único viviendo en cada etapa; puede percibir aquella Vida que es Él Mismo. Se percibe en la piedra, en la planta, en el bruto y en el salvaje, del mismo modo que en el Santo y en el Sabio, y en todas partes no ve más que una sola Vida y Se reconoce como esta Vida Misma. ¿En dónde, pues, queda sitio para el temor ó para el reproche? Nada existe excepto el Yo Único, y, por lo tanto, nada existe fuera de Él que dé lugar para el temor ó el reproche.

Esto es lo que constituye la verdadera Paz, y esto, y sólo esto, es Sabiduría. Sólo el conocimiento del Yo constituye la vida espiritual, y esta vida es paz y alegría.

Así, pues, la Ley del Sacrificio, que es la Ley de la Vida, es también la Ley del Gozo y de la Alegría, pues sabemos que no

existe un placer mayor que el que produce la generosidad cuando ésta no es remunerada, y que ninguna alegría limitada puede ser igual á la alegría que produce la voluntaria renuncia de uno mismo.

Si por un momento nos fuese posible percibir siquiera no fuese más que un débil vislumbre de la Vida Espiritual, entonces este mundo transitorio se nos aparecería en sus verdaderas proporciones y veríamos claramente la futilidad de todas aquellas cosas á las que el hombre concede una tan gran importancia. La Ley del Sacrificio, que es á la par la Ley de la Vida, de la Alegría y de la Paz, se halla sintetizada en esta Mahâvâkya, en esta hermosa Expresión: «Yo soy Tú; Tú eres Yo.»

Examinemos ahora por un momento esta elevada idea desde el nivel de nuestras vidas diarias, y veamos de qué modo la Ley del Sacrificio, al obrar en nosotros, se manifestará en el mundo externo de los hombres.

Siquiera no sea más que por un momento, hemos llegado á comprender la unidad del Yo. Hemos aprendido una palabra, una letra del Libro de la Sabiduría. ¿Cómo debemos, pues, conducirnos para con nuestros hermanos? Vemos á un hombre de condición vil, degradado, ignorante y despreciable. Ningún lazo especial de parentesco ni de pasado karma nos une con él, ni nada existe, al parecer, que nos indique que estamos obligados á relacionar nuestra forma con la suya. Sin embargo, por medio de la Ley del Sacrificio, habiendo comprendido la unidad del Yo, cuando vemos á este repudiado miembro de la familia humana, vemos el Yo en él; entonces la forma desaparece y comprendemos que nosotros sómos este hombre, y que este hombre es nosotros mismos. Debido á este conocimiento, la compasión ocupa el lugar de lo que en el hombre del mundo es repulsión. El amor ocupa el lugar del odio, la benevolencia y dulzura reemplazan á la indiferencia, y el Sacrificador se distingue en su actitud de aquellos que le rodean debido á este impulso de compasión divina, la cual no puede ver lo repulsivo de la forma externa, sino que sólo puede percibir la belleza del Yo encerrado en ella.

El Sacrificador se encuentra al paso con un hombre ignorante, en tanto que él es una persona ilustrada. ¿Siente acaso el desprecio que experimenta el hombre instruído por el ignorante? ¿Considera que se halla por encima de éste? ¿Se conside-

ra como su superior y como separado? No, ciertamente. No siente que su sabiduría sea propiedad suya, sino que la considera como propiedad común que á todos pertenece igualmente, y así funde su sabiduría, contenida en su forma separada, con la ignorancia contenida en la otra forma separada, y esto lo hace sin sentir la diferencia, debido á que comprende la unidad del Yo.

Lo mismo sucede con todas las demás diferencias que existen en el mundo de las formas. El hombre que vive regido por la Ley del Sacrificio comprende la unidad del Yo, y sólo percibe diferencias en el vaso contenedor, mas no en la vida que mora en el interior de este vaso. Por este motivo sólo anhela obtener y reunir sabiduría y conocimiento en su vaso, separado con el objeto de compartir lo que reúne con los otros y entre los otros, y de esta suerte pierde por completo el sentimiento de la vida separada, convirtiéndose en una parte de la Vida del Mundo.

Cuando el hombre comprende esto, y se da cuenta de que el único objetivo del cuerpo es servir de canal á lo superior y de instrumento á la vida, entonces se eleva lenta y gradualmente por encima de todo pensamiento, excepto el de la unidad, y se siente una parte de este mundo de pesares y sufrimientos. Entonces siente que las angustias de la humanidad son sus angustias, que los pecados de la humanidad son sus pecados, que las debilidades de su hermano son sus debilidades, y de esta suerte comprende la unidad, y á través de todas las diferencias percibe al Yo Único oculto.

Sólo de este modo podemos vivir en lo Eterno.

«Aquellos que perciben diferencias pasan desde una á otra muerte», así dice el Shruti. El hombre que percibe diferencias muere en realidad constantemente, debido á que vive en la forma, la cual se marchita sin cesar, y es, por lo tanto, la muerte, y no en el Espíritu que es la vida.

Así, pues, queridos amigos, en la justa proporción que vosotros y yo dejemos de percibir diferencias entre todos y cada uno de nosotros, y percibamos la unidad de la vida, y nos demos cuenta de que esta vida es común á todos, y que nadie tiene derecho á jactarse de la parte que de ella posee, ni á enorgullecerse de que su parte es distinta de la parte de otro, sólo así y en esta proporción viviremos la Vida Espiritual.

Esto es, al parecer, la última palabra de la Sabiduría que

los Sabios nos han enseñado. Nada que no sea esto es espiritual; nada que no sea esto es sabiduría; nada que no sea esto es la vida real.

¡Ah! si por breves instantes me fuese dable presentar ante vuestra vista, por medio de algún hábil juego de palabras, por un acto pasional, ó por una fuerte emoción sentida, un reflejo del débil vislumbre—que por la gracia de los Maestros he percibido—de la gloria y belleza de la Vida que no conoce diferencias ni separación alguna, entonces el encanto de esta gloria conquistaría vuestros corazones. Todas las bellezas de la tierra os parecerían cosas feas y desagradables; todo su oro sólo os parecería una despreciable escoria, y todos sus tesoros sólo polvo inmundo al lado de la indecible é inexplicable alegría y felicidad que caracteriza la vida que se reconoce como Una y Única.

Difícil es, en medio de las vidas separadas de los hombres, en medio de las exigencias de los sentidos y de las ilusiones de la mente el conservar el recuerdo de este débil vislumbre, aun después de haberlo percibido. Pero una vez se ha percibido, aunque no sea más que por breves momentos, el mundo cambia por completo, y habiendo contemplado la majestad del Yo, ninguna vida, excepto ésta, parece digna de ser vivida.

¿Cómo debemos hacer real y positivo en nosotros, cómo debemos asimilarnos este maravilloso conocimiento de la Vida que abarca á todas las vidas, del Yo que abarca á todos los yos? Sólo por medio de constantes actos de renunciación de las insignificantes cosas de la vida; sólo aprendiendo á vivir y amar la Unidad en cada pensamiento, palabra y obra, y no sólo hablarla, sino practicarla en todas las ocasiones, anteponiendo los intereses de los demás á los nuestros, viendo siempre las necesidades de los demás y tratando de socorrerlas, aprendiendo á ser indiferentes á las exigencias de nuestra naturaleza inferior y rehusando escucharla. No conozco otro medio mejor que este humilde, paciente y perseverante esfuerzo llevado á cabo hora tras hora, día tras día, año tras año, hasta que al fin se alcanzan las escarpadas alturas de la montaña.

Hablamos de la Gran Renunciación; hablamos de Aquellos ante cuyos pies nos inclinamos como de Los que han «hecho esta Gran Renunciación». No imaginéis, ni por un instante, que hicieron Su renunciación en el momento en que hallándose en los umbrales del Nirvâna oyeron los sollozos del mundo y

retrocedieron para ayudarle. No fué en este momento cuando la verdadera y gran renunciación fué hecha, puesto que la hicieron una y otra vez durante los centenares de vidas transcurridas. La hicieron por la constante práctica de la renuncia de las pequeñas cosas de la vida, por una piedad continua, por el sacrificio diario en beneficio de la humanidad. No la hicieron á última hora, en los umbrales del Nirvâna, sino en el curso de un gran número de vidas de sacrificio, hasta que al fin la Ley del Sacrificio se convirtió de tal suerte en la ley de Su existencia que, en el último momento, cuando les llegó la hora de verificar Su elección, no les fué dable hacer otra cosa más que percibir en los anales del universo las innumerables renunciaciones hechas en el pasado.

Vosotros y yo, queridos amigos, podemos hoy mismo, si tal es nuestra voluntad, principiar á verificar la Gran Renunciación, pues si no principiamos á realizarla en la vida diaria, en nuestras continuas relaciones con nuestros semejantes, podemos estar seguros de que no seremos capaces de hacerlo cuando nos hallemos en la cima de la montaña. La costumbre del constante sacrificio, la costumbre de pensar, la costumbre de dar siempre sin en cambio recibir, sólo así aprenderemos á realizar lo que el mundo profano llama la Gran Renunciación. Nosotros soñamos con grandes actos de heroísmo, soñamos con esfuerzos terribles; creemos que la vida del discipulado consiste en tremendas pruebas, por medio de las cuales el discípulo se prepara y hacia las cuales marcha con ojo avizor, y que entonces, por medio de un golpe atrevido, obtiene la palma de la victoria.

No hay nada de esto, queridos amigos. La vida del discípulo es una larga serie de renunciaciones menores, una larga serie de sacrificios diarios, un continuo morir con respecto al tiempo, á fin de que lo superior pueda eternamente. No es un solo acto que llena de admiración al mundo lo que constituye el verdadero discipulado, ni fueron los héroes y mártires más grandes que el discípulo. La vida del discípulo es vivida en el hogar doméstico, en la ciudad, en la oficina ó taller, en la plaza; sí, verdaderamente, la vida del discípulo es vivida entre la sociedad de los hombres. La verdadera vida del sacrificio es aquélla que se olvida por completo de sí misma, y en la cual la renunciación es tan completa que no hay esfuerzo ó sacrificio alguno que no considere como la cosa más natural del mundo.

Si llevamos esta vida de sacrificio y de renunciación; si diaria y constantemente sabemos sacrificarnos en beneficio de los demás, llegará un día en que nos hallaremos en la cumbre de la cumbre de la montaña, y entonces nos daremos cuenta de que hemos verificado la Gran Renunciación, sin soñar jamás que ninguna otra cosa fuese posible.

Annie BESANT

LA SUPERSTICIÓN

La ignorancia y el desconocimiento de lo que son los dioses son de dos clases: una se acuerda con las costumbres brutales y engendra la impiedad, y otra, aviniéndose con la debilidad, crea la superstición.

De todos los errores que pueden existir, ninguno es peor que la superstición, que siendo una pasión compuesta, verdaderamente mala, tras una decepción del ánimo produce como una fiebre, y es que las distorsiones de nuestros huesos, por muy sangrientas y mortificantes que sean, son menos crueles que las distorsiones pasionales del ánimo.

Si, por ejemplo, se imagina uno que los átomos y el vacío son los principios del universo, se forma así una opinión falsa; pero eso no le produce una llaga, un estremecimiento; no siente dolor alguno, ni sufre un malestar. Por lo contrario, si alguien estima que la riqueza es el único bien que debe perseguir el hombre, semejante error lleva consigo un verme que roe el ánimo, que le pone fuera de sí, le secuestra el reposo, le clava furiosamente sus aguijones y le precipita, por decirlo así, desde lo más alto, quitándole el aliento y robándole la libertad para hablar con franqueza.

Si hubiera también alguno que tomase el vicio y la virtud por cosas materiales y corpóreas, por su brutalidad y su ignorancia no sería, empero, digno de lástima siquiera.

Los que opinan y creen que

¡Oh, miserable virtud,
no eres más que un nombre vano! (1)

(1) Son palabras de Bruto. (*N. del T.*)

que la injusticia proporciona las riquezas y que la intemperancia es la madre de todos los placeres, son dignos de compasión; pero hemos de preservarnos de ellos porque engendran muchas enfermedades y pasiones, á manera de vermes en los ánimos donde penetran.

La impiedad del ateo es así una equivocación, y una falsedad en el juicio del hombre, que le hace creer que no hay naturaleza verdaderamente buena é incorruptible, llevándole ese escepticismo á no sentir ninguna pasión, porque su fin no es estimar tanto el no temer á los dioses como el negar que éstos existan. En la superstición, como lo dice su nombre, que vale en griego tanto como temer á los dioses, claramente se manifiesta que es una opinión apasionada y una soñación, en la que se imprime en la mente del hombre un temor que le abate y le aterra, estimando que hay dioses, sí, pero que son malos y enemigos del género humano. Y así, donde el ateo no quiere ver nada, el supersticioso encuentra demasiado para afectarse y sentir. La ignorancia del uno le hace desconocer la naturaleza de lo que causa todo bien, y la del otro creer que aquello es causa de todo el mal. En fin, si la impiedad es una ignorancia de los dioses, la superstición es un sentimiento que procede de una falsa opinión sobre los mismos.

Es evidente que todas las enfermedades y las pasiones del ánimo son feas y malas; pero en verdad, á veces hay en ellas un algo, un no sé qué de elevación y de altura consideradas superficialmente. Por lo general, no hay una que esté destituída de impulso activo, y esa es la censura que con más frecuencia se les dirige siempre; así se dice que clavan sus aguijones sobre el ánimo. Todos lo hacen así, todos menos el miedo, que está más destituído de razón y de prudencia que los demás, y que embrutece y enajena el juicio. Por esto los griegos le llamamos á veces δεῖμα, que significa lazo, y τάρβος, que quiere decir trastorno, porque realmente liga al ánimo sin dejarle hacer nada con la perturbación que le pone. Pero aún hay otro miedo mayor y más perturbador para el ánimo: ese miedo es la superstición.

Y así es; el que no navega no teme al mar, ni el que no sigue las armas teme la próxima guerra, como no teme á los ladrones y salteadores de caminos el que se queda en casa, y no teme á la calumnia ni á la envidia el que no tiene nada. El que vive en la Galia no teme al temblor de tierra, ni al rayo el que

habita en Etiopía; pero el que teme á los dioses teme todas las cosas: á la tierra, al mar, al aire, al cielo, á las tinieblas, á la luz, al ruido, al silencio y hasta al sueño... Sí; los esclavos, por ejemplo, se olvidan de la dureza de sus amos cuando duermen; el sueño parece como que les afloja los grillos de los pies, y los enfermos, atormentados de dolor en la vigilia, gozan durante el sueño de un reposo á sus torturas.

¡Oh, sueño reparador
De los trabajos del hombre;
Vienes bien en mi socorro
Para calmar mis dolores!

La superstición no permite decir eso á los supersticiosos, porque no sólo suprime la tregua del sueño, sino que no permite al ánimo respiro alguno ni tranquilidad tampoco; antes más bien, como si el sueño fuera para el supersticioso el infierno y el lugar de los tormentos, le provoca horribles visiones, fantasmas monstruosos y apariciones de furias que le afligen y le atormentan como si obedecieran á las órdenes de una entidad cruelísima.

Lo peor no acaba aquí, pues así que el supersticioso despierta sigue preocupado con su sueño y no se percata de la falsedad de las visiones que le acaban de atormentar. Parece como que no abandona las sombras y se entrega á cuantos especulan con la magia; cree que

Si soñamos de noche alguna vez
Es señal de que Hécate nos llama.

Y entonces acude á los viejos, duchos en lustraciones, y se sumerge en el mar y se sienta en el suelo todo el día.

¡Cuántos males encuentran los helenos!

Por esa superstición se revolcará en el lodo, descansará los sábados, se echará boca abajo y se sentará en tierra delante de todo el mundo haciendo extrañas y extravagantes prácticas.

Es bueno recordar que en otro tiempo, cuando un tocador de cítara empezaba su arte, no debía tocar constantemente y había de cantar en voz baja, si es que quería entretenerse con buena música, para que no dijera nada fuera de tiempo; así, lo razonable es que nos dirijamos á los dioses con buenas palabras, y no que miremos las entrañas de las víctimas, sin cui-

darnos de nuestro ruego y de las ofensas que inferimos á los dioses con palabras extrañas y bárbaras, violando la dignidad de la religión recibida y autorizada en nuestro pueblo.

Un poeta cómico ha dicho donosamente en algún sitio de los que doran y platean sus lechos:

¿Por qué renunciáis al sueño,
el sólo bien que los dioses
conceden gratuitamente?

Eso podría repetirse á los supersticiosos, indicándoles que se nos ha dado el sueño para el olvido y reposo de nuestros males y no para perpetuar nuestra desdicha como ellos creen.

Heráclito decía «que los hombres, durante la vigilia, viven en un mundo común, pero que se va cada uno al suyo cuando duerme». El supersticioso no tiene aquel mundo común cuando vela, y cuando duerme tampoco tiene el propio, que le asegura la prudencia, porque no duerme jamás. En él duerme la razón constantemente, y el miedo está siempre despierto, por lo que no puede salvarse ni defenderse de su tormento.

En Samos era fuerte Polícrates, como lo era Periandro en Corinto; pero nadie les temía fuera de su ciudad, en otras regidas por el pueblo donde pudiera evitarlos uno. Pero el que teme á los dioses como á un tirano severo, ¿dónde irá? ¿Dónde se ocultará? ¿En qué mares, en qué parajes donde no lleguen los dioses se podrá esconder el supersticioso seguro de no hallarse al alcance de esos tiranos?

Una ley permite, por ejemplo, á los esclavos que son duramente tratados por sus dueños y que no pueden libertarse, el requerir su venta á otro amo menos cruel y terrible. En la superstición no hay medio de cambiar de dioses, y no se podrá hallar una suerte de deidades que no tema el supersticioso, pues tanto teme á los de su patria como á los de otro país. Teme á las deidades benévolas y salvadoras, y tiembla de miedo cuando piensa en aquellos á quienes pide riquezas, paz, éxito y prosperidad en sus negocios.

Los esclavos temen la esclavitud, dependa de quien quiera, así dicen:

Es grandísima desgracia
Ser esclavo, aunque se sea
Del más miserable dueño.

*

¡A cuán más molesta y miserable servidumbre no están sometidos los supersticiosos, que no pueden evadirse ni alejarse de sus dueños! El esclavo tiene altares á los que puede acogerse, y hay muchos templos libertadores en los que ni los mismos ladrones se atreven á penetrar. El que huye de un enemigo puede abrazarse á una estatua ó arrojarse al suelo de un templo y salvarse. El supersticioso no puede hacer eso. Contra sí mismo tiene que poner su esperanza en sus propios enemigos; así es que no hay que tomarse el trabajo de sacarlos de los templos de los dioses, porque allí donde más se les atormenta está también su esperanza.

Aún se puede decir más: la muerte, que es el término de todas las cosas para los hombres, no lo es para la superstición, porque ella extiende sus límites por encima de la vida y extiende más allá su dominio; ataca á la mente de males inmortales, y después de concluídos los enojos y trabajos de la vida, persuade á los hombres que aún hay otros que jamás concluyen. Se abren las puertas del reino de Plutón; se ven sus ríos de fuego y sus abismos; se distingue la ribera de la laguna Stigia, y se descubren tinieblas, donde flotan figuras espantables y horrendas. Hay jueces, verdugos, abismos, antros llenos de tortura y de dolor. La superstición es así, y por temer demasiado, extiende todos los males, y para evitar las apariciones se finge aún otros mayores después de la muerte.

La impiedad del ateismo no tiene nada de eso; es verdad que su ignorancia es perjudicial y una gran calamidad para el ánimo por cerrar los ojos al conocimiento de los dioses; pero no tiene, como la superstición, ese temor que roe la conciencia y que combustiona el ánimo en una abyección servil.

A este propósito recuerdo que Platón dice que la música se ha dado á los hombres por los dioses para tornarlos modestos, agradables y bien acondicionados, y no para su deleite y voluptuosidad, para halagar sus oídos. Cuando así se toma, viene á veces la falta de asistencia de las musas y de la gracia, y se pone en el ánimo una gran confusión, un gran desorden y una gran disonancia, que se traduce en destemplanza, porque nada se coloca armónicamente en su orden y lugar. Todo es por fuerza, y como dice Pindaro:

Las voces melodiosas
De las musas
Las encuentran odiosas,
Los negados oídos
De los hombres
Por Jove no escogidos.

Se perturban y enfurecen como los tigres que se matan entre sí oyendo los tambores. Pero hay menos mal en los que no oyen por sordera ú otro defecto, porque no tienen ningún otro sentimiento de la música, ni ponen pasión alguna.

En el no ver fué una desgracia para Tiresias; no ver á sus hijos ni á sus deudos; pero fué mayor la de Athamas y Agave viéndoles entre los leones y los esclavos. Cuando Hércules se enfureció, más le valiera no verlos, y no tener que hacer con ellos lo que había mandado ejecutar con sus más crueles enemigos.

¿No es verdad que una diferencia semejante existe entre los ateos y los supersticiosos? Los ateos no ven los dioses, y los supersticiosos los ven donde no existen; los ateos se persuaden de que no los hay, y los supersticiosos estiman lo que es benigno como malo, y á los que son padres cariñosos como crueles tiranos, estimando que llevan el furor y el tormento en cuanto puede sernos útil. Ponen su fe en las figuras de bronce, en las obras de piedra, de madera, ó en las imágenes de cera que representan á los dioses, y los forman, los adornan y los adoran así bajo apariencia humana, menospreciando á los filósofos y á los justos, que desmienten que los dioses no acompañen su majestad con su benevolencia y accesión hacia nosotros, procurando totalmente nuestro bien, y que en aquello no hay sino una equivocación y un error al desconfiar y temer de los que sólo nos ayudan y aprovechan.

La impiedad del ateismo está en no sentir ningún afecto por la divinidad y en la falta de comprensión de lo que es soberanamente bueno. La superstición, por lo contrario, suma de diversas pasiones, sospecha que es malo lo que es bueno en la naturaleza, y porque el supersticioso teme á los dioses recurren á ellos, y tras de haberles injuriado les ruega luego.

Esta contradicción, demasiado frecuente, hace que sea común entre los hombres el estar descontentos de su fortuna, y únicamente los dioses, como dice Pindaro,

No teniendo vejez ni enfermedades,
No temen el pasar el Aqueronte.

Y es que las pasiones y los negocios de los hombres, sujetos á diversas aventuras y accidentes, tanto se dirigen hacia una cosa como hacia otra.

El ateo, mal de su grado, tiene alguna pasión en algunos momentos. Si es hombre atemperado y modesto soportará su suerte sin decir palabra y buscará solución donde pueda; pero si es de naturaleza vehemente, llevando con impaciencia su fortuna, fundándola en el acaso, gritará que no hay providencia ni justicia en las cosas humanas, yendo todo contra él. Al supersticioso le basta un contratiempo para sentarse; sin hacer nada por evitar su dolencia, se llena de temores y se perturba, dirigiendo sus lamentos contra la providencia de los dioses. Su desgracia no la atribuye á los hombres, á la fortuna, á la ocasión ni á sí mismo, sino á las potencias celestes, de donde cree que desciende todo el mal que le aqueja, porque no hay para él un hombre desgraciado sin la mala voluntad de los dioses.

Cuando enferma el ateo, se pone sobre sí, rememora, trae á sus recuerdos lo que ha comido, lo que ha bebido, sus desórdenes, sus trabajos excesivos y hasta el aire que ha respirado. En un fracaso de sus negocios ve si ha caído en desgracia ó en desconsideración entre sus vecinos, si ha sido calumniado ante el príncipe, y va á buscar la causa de su mal entre las cosas que le rodean. «¿Dónde he estado? ¿Qué he hecho? ¿Qué he dejado por hacer?» He ahí lo que se pregunta. Un supersticioso dirá que su enfermedad, que la pérdida de sus bienes, la muerte de sus hijos y la adversidad en sus negocios son rayos de ira que le descargan los dioses y asaltos de la justicia celeste. No osará recurrir á sí propio; alejar la desgracia, remediarla en algo, ni oponerse á la misma, porque eso fuera combatir con los dioses y resistir al castigo. De suerte, que estando enfermo arrojará al médico de su casa si acude á visitarle, cerrará la puerta al que vaya á consolarle, y dirá á quien tal pretenda: «Amigo mío, estoy pagando lo mucho malo que he hecho, porque estoy maldecido por los dioses.»

A un hombre que se encuentra persuadido de que no hay dioses, y que está traspasado de dolor, se le puede enjugar el llanto, hacerle que se arregle y que se despoje del luto. Pero, ¿cómo hablar á un supersticioso? ¿Cómo aliviarle? Saldrá fue-

ra, se pondrá un saco, y vestido de harapos, ó revolcándose en el fango, declarará no se sabe qué faltas y pecados, como el no haber comido esto ó bebido lo otro contra la voluntad de los dioses. Si es un hombre dulce, se quedará en su casa haciendo sacrificios y experiencias, y de noche, echándose un palo al hombro, tomando todos sus bienes, como dice Bías, hará todas las brujerías y estupideces que le vengan á mano. No tendrá resolución.

Se lee que Teribaso, cuando los persas le quisieron apresar, puso mano á la espada y se defendió muy bien; pero así que le dijeron sus enemigos que por orden del rey le apresaban, arrojó su espada y se dejó maniatar. He ahí algo parecido á lo que decimos. El ateo lucha con la adversidad, rechaza las aflicciones y hace cuanto puede para evitarlas y ponerlas muy lejos; el supersticioso, no oyendo á nadie, se rinde á sí mismo, diciéndose: «¡Ah, desdichado! Todo te viene por mandato de los dioses, rechaza toda esperanza y aléjate de los que quieran socorrerte.»

El supersticioso agranda también los males más pequeños. El antiguo rey Midas, atormentado por algunos sueños, desesperó tanto que, voluntariamente, se mató bebiendo sangre de toro. Aristodemo, advirtiendo que los perros aullaban como lobos, y que cerca de las aras había crecido granza, una mala señal, según sus adivinos, tomó tal tristeza y se puso en una desesperanza tan grande que se mató. Mejor suerte hubiera corrido Nicias si se hubiera librado de su superstición también, pues por temor á la sombra de un eclipse de luna esperó que el enemigo le envolviese y cayó en sus manos, perdiendo 40.000 hombres entre presos y muertos. Pero la tierra se encontró entonces entre la luna y el sol, y él creyó que no se podía huir. La triste condición de las supersticiones es así: pierden el juicio en el instante que necesitan de mayor discernimiento.

La mar se altera, se enfurece, y bravas
Las olas se remontan hasta el cielo;
Los mismos vientos impetuosos suben
Ululando en los valles y en los cerros.

Así es la tempestad; el buen piloto la conoce bien, y rogando á los dioses salvadores, ruega con la mano en el timón, recogiendo velas y poniéndose fuera del peligro.

Es lo que aconseja Hesido al labrador cuando comienza sus trabajos:

Haz tus votos á Júpiter
Y á Demeter, la diosa de la tierra.

Pero poniendo la mano sobre el arado, Homero dice algo igual. Refiere que estando Ajax á punto de combatir con Héctor, rogó á los griegos que orasen por él; pero mientras ellos rezaban, él se preparó con las mejores armas. Agamenón, dirigiéndose á los suyos, les dijo:

Disponed prestas las lanzas
y preparad los escudos.

Pero luego, dirigiéndose á Júpiter, añadió:

Ahora, padre de los dioses,
Concédeme el favor único
Para entrar en la ciudad.

E hizo bien, porque los dioses son esperanzas de virtud y no excusa de cobardía.

Los judíos cumplen tan estrechamente el sábado, que si alguien les ataca en ese día demoran la defensa y permanecen sujetos á la quietud que les inspira su superstición.

He ahí cómo es la superstición en el curso de las cosas y negocios que no ocurren á nuestro antojo, sino contra nuestro deseo. Pero no por eso es mejor que el ateísmo que sienten los que obtienen un éxito constante en sus empresas. El ateo no experimenta goce alguno en los festines y sacrificios que hacen otros hombres á los dioses, acudiendo á los templos para orar y purificarse. El ateo se ríe sardónicamente de las prácticas de aquellos hombres, y suele decir al oído del amigo más próximo: «Esas gentes están locas haciendo tonterías para sobornar á los dioses.» Por lo demás, no hará mal á nadie. El supersticioso, en cambio, no puede gozar sin temer el placer, y su alma, como la ciudad que describe Sófocles,

Está llena de cantos y perfumes,
A la vez que de llantos y gemidos.

Así, pálido de miedo, coronado de flores, sacrifica temblando y echa incienso al fuego, y hace que no sea cierta aquella frase de Pitágoras que dice: «Nunca somos mejores que cuando estamos con los dioses.» El pobre supersticioso, precisamente cuando está en los templos es más desgraciado que si estuviera en la cueva de un oso ó en la guarida de un mónstruo.

Por eso me extraña que no se crea impía á la superstición y sólo se dipute como tal á la incredulidad. Anaxágoras fué acusado de impío, porque dijo que el sol era una piedra, y nadie ha estimado como impíos á los cimesianos, que no creían en su existencia. El que dice que no hay dioses es impío; ¿pero no lo es más el que tiene de ellos una mala opinión?

Yo preferiría que se dijera de mí que no he existido á que se fuera diciendo: Plutarco es un hombre inconstante, colérico, vengativo, cruel, miserable, egoísta.

El músico Timoteo, celebrando un día en el Teatro á Diana, la llamó como la llaman los poetas, esquiva, orgullosa, coqueta. Cinesias que le oyó, puesto en pie entre los espectadores, le dijo: «Así te den los dioses una hija como ella». Los supersticiosos estiman así las cosas y no tienen mejor juicio de los dioses.

¿No es verdad que los supersticiosos injurian más gravemente á los dioses que Niobe á Latona? Esta hizo matar á los hijos de aquélla, siendo inexorable por la ofensa que se le hizo. Si alguien se condujera como su ofensora, en verdad que sería digno de sufrir un castigo semejante.

Se abomina de la crueldad de Hécuba, pintada por Homero acordándose de su enemigo.

Cual si acabara de morir, y fresco
Yaciese el cuerpo en su mismo sepulcro.

El supersticioso llega á estimar lo que comen los dioses, y él lo come también. ¿Cómo no ha de maldecir de los dioses si lo hace mal, por ejemplo? La opinión ó el concepto del insultante es lo que hace estimar la injuria; la detestamos en sí porque es un signo de malignidad, y reputamos así por enemigos y por gentes de las que no hemos de fiarnos á las que decir mal de nosotros, mucho más que á los que no nos conocen ni nos mientan.

El juicio que el supersticioso se forma de los dioses es que éstos son desleales, volubles, iracundos, coléricos; los odia, pues, y los teme, no pudiendo ser de otro modo, puesto que está persuadido de que de ellos proceden todos los males, y de duros en lo pasado lo son en la presente enviando todo el mal. Pero los odian y los temen como á sus enemigos; los sacrifican en los templos por eso. No vemos, en cambio, que se reverencie ó acate á los tiranos que se les eleva estatuas, y si alguna vez

así ocurre, si se les erige estatuas de plata ó de oro, no se deja por ello de odiarles en secreto, aunque en apariencia se les haga sacrificios. Hermolao hacía la corte á Alejandro; Pausanias fué guardia de Filipo, Quereas de Cayo; pero cada uno de ellos, apartándose de la gente, decía mucho mal de los otros, y pensaba:

¡Ah, si pudiera
Rendiría ya cuentas el tirano!

El supersticioso, pues, no niega la existencia de los dioses como el ateo; pero cree que existen contra los hombres y hasta tiene miedo al sueño si ha de soñar con ellos. En situación análoga á la de Tántalo, quisiera sacudir la piedra que pesa sobre sus hombros, y desearía tener la disposición de ánimo que tiene el ateo, tan libérrima y franca.

El ateo, en cambio, jamás desea el mundo del supersticioso, y no hace nada que dé ocasión para que nazca en él superstición alguna. Un supersticioso, si por su voluntad quiere ser ateo, se ve imposibilitado para ello, pues débil y cobarde, no puede persuadirse de que los dioses le quieran bien. El ateo explícase los hechos, si no de un modo verdadero y justo, al menos con algún color de realidad. Los sabios antiguos, por ejemplo, desconocían el valor del cielo, no conocían los movimientos de los astros, las estaciones del año, las revoluciones sidéreas, el curso del sol, la causa de los días y de las noches, la generación de los séres y la germinación de los frutos; pero no se les ha de condenar por impíos sobre su ignorancia.

El ateo es digno de lástima por su error; pero el supersticioso es digno de burla. Todas sus acciones la merecen. Son de ver y de oir sus palabras, sus movimientos, sus prácticas, sus hechizos, su correr de un lado para otro, su tocar de tambores, sus purificaciones impuras, sus santificaciones sucias y sus malos tratos íntimos, todas esas cosas, en fin, que dan ganas de pensar que sería mejor no hubiere dioses, á que los haya y se tomen el placer de ser injuriados ó de prevaricar por cosas tan estúpidas. ¿No hubiera sido mejor para los galos ó los tártaros no haber tenido ninguna idea de los dioses, que pensar como pensaban, se deleitaran con la sangre de los hombres ó la degollación de las gentes? ¿Seguramente no hubiera valido más para los cartagineses tener á Critías ó á Diágoras por legisladores en sus comienzos, y estimar que no había dioses, que sa-

crificar á Molok lo que ellos sacrificaban, no como dice Empédocles, animales, sino personas?

El padre mismo, con sus propias manos,
Sacrificaba al hijo,
Y viéndole ascender en el espacio
Hacía votos al Empíreo.

Aquéllos sabían que inmolaban á sus hijos como si fueran corderos, y era menester que asistiese la madre al acto bastante serena, sin suplicar ni derramar lágrimas, entre los que alrededor de la estatua tocaban algunos instrumentos para que no se oyeran los gritos del supliciado.

Si los gigantes hubiesen usurpado el imperio de los dioses y dominio del mundo, ¿de qué sacrificios necesitarían, qué ofrendas les hubieran tributado los hombres? Amestres, madre de Jerjes, metió en tierra doce hombres vivos que ofreció á Plutón para que prolongue sus años. Platón dice que ese dios, siendo humano, sabio y rico, y reteniendo las almas por doce palabras, ha sido llamado por los griegos *Ades*, que vale tanto como agradable. Aquí habría que recordar el dicho de Xenofanes á los egipcios, que se herían en el pecho y se lamentaban luego en sus solemnidades: «Amigos míos—les dijo—, si es que solemnizáis á los dioses, no debéis lamentaros; y si los consideráis como hombres, no debéis ofrecerles sacrificios».

Nada hay, en conclusión, tan lleno de errores, ni enfermedad de tan diversas alternativas, ni de tan opuestos y repugnantes sentimientos como la superstición. Hay que huir de ella; pero no huir atolondrados como del fuego, de los ladrones ó de una fiera, tan locamente que caiga en lo que se teme. Huyendo así de la superstición, sin fortaleza ni juicio, se cae en la terrible impiedad del ateísmo, saltando por encima de la verdadera religión, que se encuentra en el justo medio.

PLUTARCO
(50-120 de J-C.)

LAS SIETE CARTAS

CARTA I

Causa y efecto.

Dice un proverbio que todos los caminos llevan á Roma. Otro tanto diremos respecto de la Verdad Divina, la cual es la base de todas las cosas, siendo cada cosa en sí una verdad relativa más ó menos próxima á la Verdad Unica. Lo que llamamos error ó falsedad respecto de alguna cosa no es sino un aspecto particular debido á ciertas circunstancias de medio ambiente. Un palo, metido oblicuamente en un charco, parece estar roto, debido al fenómeno de la refracción. La apariencia de rotura es una verdad, esto es, una *verdad de apariencia;* pero es al mismo tiempo una *falsedad* respecto del palo, siendo *verdad de hecho* que no está roto. Los que se contentan con aceptar las apariencias de las cosas consideran al palo como verdaderamente roto y no pueden descubrir su error hasta que vayan á sacar el palo del agua. Se convencen entonces de que hay verdades aparentes y verdades reales, y que el estudio de las primeras lleva al conocimiento de las segundas.

Ahora, el estudio de todas las cosas, incluso el de nosotros mismos, es un estudio de Causa y Efecto, pues queremos saber el por qué de las cosas que afectan nuestros sentidos y aun el por qué de nuestra existencia. Cualquiera que sea el punto de partida que tomemos, tenemos forzosamente que especular tocante á causas y efectos. Al considerar los objetos, sus propiedades, el uso bueno ó malo que se puede hacer de ellos y los sucesos que se verifican entre todos los séres y en todos los planos de que tenemos conciencia, vemos que todo efecto tiene invariablemente una causa y toda causa un efecto. Distamos infinitamente de conocer las causas de todos los efectos que presenciamos, así como de prever todos los efectos de todas las causas que se originan ante nosotros; pero reconocemos luego que no sólo se suceden matemáticamente las causas y los efec-

tos, sino que cada cosa, cada sér es al mismo tiempo causa y efecto, ó mejor dicho, un agregado de causas y efectos. Las palabras «acaso», «casualidad» y otras de la misma significación, no son sino expresiones de nuestra ignorancia acerca de las causas de ciertos efectos, cuyas causas no son inaccesibles en razón á nuestro desarrollo más ó menos imperfecto y al número más ó menos reducido de las experiencias que nos hemos asimilado.

Acabo de decir que cada cosa, cada sér es un conjunto de causas y efectos, lo cual se echa de ver por los múltiples atributos de cada cosa. Una causa produce diversos efectos, unos de los cuales son principales y otros secundarios. Hay también conjuntos de causas que producen un efecto especial, además de los efectos que cada una de las causas que componen un conjunto produce por sí sola en su propio medio.

Luego que estamos perfectamente persuadidos de la verdad incontrovertible de que «No hay causa sin efecto ni efecto sin causa», tenemos una base firmísima para raciocinar en cualquiera dirección que nos permite nuestra capacidad (la cual, por cierto, crece constantemente). Podemos entonces transcender los límites físicos y seguir en el plano mental las correlaciones de muchísimos *efectos-causas* y *causas-efectos* que escapan á nuestros sentidos corpóreos.

Como ya sabéis, todos los séres, todas las cosas están íntimamente relacionados. Cada uno de los movimientos de mis dedos, al escribiros, hace vibrar el aire alrededor de mí, y cada movimiento se transmite de molécula en molécula *ad infinitum.* Cada uno de mis pensamientos en este momento va dirigido á vosotros, y ya afecta más ó menos vuestra mente despertando una vibración armónica que se expresará de un modo más apreciable por vosotros en vuestra conciencia de vigilia cuando oigáis la lectura de estos pensamientos. Esta vibración armónica por parte de vosotros viene hacia mí llamando mi atención á otros modos de expresión de los mismos pensamientos, por lo cual puede serme dable ayudaros más eficazmente. La acción y reacción de estas vibraciones mentales entre nosotros afectan también á otros que por su amor á la Verdad y su anhelo de conocer algo de Ella van preparándose para recibir nuestro mensaje del Sublime Concepto Teosófico del Universo Infinito.

Razonando de este modo reconocemos la existencia de innu-

merables series de causas-efectos, y al mismo tiempo descubrimos la solidaridad de todas, esto es, la existencia de una serie fundamental que abarca á todas las otras. Notad que ha de haber una serie fundamental planetaria, y, por tanto, que las series planetarias descansan en otra serie fundamental más vasta, es decir, en la serie fundamental del sistema solar á que pertenecen, y que á su vez las innumerables series solares descansan en el (para nosotros) Infinito Universo, el cual tiene períodos de Manifestación y de Inmanifestación, de conformidad con la Ley de Periodicidad, la cual no es sino la misma Ley de Acción y Reacción, Causa y Efecto.

Ante el axioma «No hay causa sin efecto ni efecto sin causa» caen todos los límites. Si remontamos de efecto-causa á causa-efecto en la Manifestación actual del Universo, y llegamos á lo que consideramos como causa primera, reconocemos luego que ésta no es más que la primera de la serie universal actual, y que bajo este aspecto dicha Primera Causa tiene que ser, en realidad, Efecto de otra Causa Primera manifestada en una serie universal anterior. Remontando así de Manifestación en Manifestación, y, por otra parte, siguiendo mentalmente las Manifestaciones subsiguientes á la Manifestación actual, reconoceremos que no puede haber principio ni fin en la sucesión eterna de Causa y Efecto. En cualquiera dirección encontramos constantemente un Más Allá Causa-Efecto ó un Más Allá Efecto-Causa, según nuestro punto de vista.

Así como podemos hacer crecer ó disminuir *ad infinitum* una cantidad numérica cualquiera, sin llegar nunca á un resultado final, así también podemos seguir causa tras causa ó efecto tras efecto sin llegar jamás al último, y tenemos que reconocer á lo Infinito Absoluto como *Causa sin Causa*. En lo Absoluto manifiéstase por modo infinitamente periódico *lo Relativo*, la Gran Causa-Efecto, la *Unidad-Multiplicidad-Unidad*, como Vida Universal Unica, y Multiplidad, como Omniautoconciencia manifestada en un sin fin de grados diferentes por medio de innumerables centros de Vida Conciencia. La Gran Causa-Efecto es el Dios en Todo, ó como dice el Apóstol: El Dios que ha de ser «todas las cosas en todas las cosas» (I Corintios XV, 28).

CARTA II

Lo Absoluto y lo Relativo.

«La letra mata, mas el espíritu vivifica.» Cada uno puede por sí mismo verificar la verdad de estas palabras del Apóstol Pablo, considerando la propaganda agresiva de varios sistemas filosóficos, religiosos y científicos. Todas sus polémicas no son sino logomaquia, esto es, disputas acerca de palabras tomadas ya en un sentido incompleto, ambiguo ó erróneo, ya en una acepción totalmente contraria á su verdadero significado.

La expresión «la letra mata» no quiere decir que la letra no tenga utilidad alguna, sino que la letra es tan sólo el vehículo de la idea, y que no se puede comprender la idea que contiene una palabra si no se escudriña ésta á fin de hallar el espíritu incorporado en ella. Es, por consiguiente, imposible comprender perfectamente las enseñanzas de los Grandes Maestros de la Humanidad si no se estudia cuidadosamente las palabras de que se sirvieron para comunicar á sus discípulos ideas transcendentales por medio de las cuales habían de despertar en éstos la conciencia de su naturaleza superior. Cuanto más transcendental es una idea, tanto más difícil es expresarla por medio de la letra, siendo así que una palabra no puede presentar más que un aspecto de la idea, y que en razón á su mayor ó menor grado de imperfección los hombres están inclinados á materializar dicha idea.

Tratándose de lo Absoluto, es de todo punto indispensable abstenerse de toda afirmación que no sea superior á lo Relativo, por grande que podamos imaginarlo. No podemos hablar de lo Absoluto sino en términos absolutamente positivos ó negativos. «Absoluto» quiere decir «no ligado, sin restricción». Lo Absoluto no es, por tanto, una «cosa», un *algo* peculiar, porque el concepto de una cosa implica desde luego límites, por medio de los cuales tal cosa puede ser objeto de nuestro conocimiento. Por otra parte, lo Absoluto no es una nada, como lo prueba desde luego la existencia de lo Relativo. Si hubiera una nada absoluta no podría haber cosa alguna, no habría ninguna serie de causas y efectos, ni séres algunos, ni nadie que pudiese hablar cuerdamente de la Nada. Siendo seres relativos no podemos formarnos un concepto exacto de la Nada. Para nosotros, «nada» es la ausencia de una cosa especial en un lugar particu-

lar. Pero la ausencia de todos los objetos que conocemos no implica necesariamente un vacío absoluto. Sabemos que el vacío que producimos en nuestras máquinas pneumáticas es forzosamente relativo, y que hay siempre en ellas alguna porción de materia más ó menos tenue, por más que escape á nuestros sentidos físicos. La reducción de un planeta ó sistema solar á polvo cósmico, y la sublimación total de cada átomo de dicho polvo cósmico distaría todavía infinitamente de la aniquilación, pues hay necesariamente estados de materia más tenues que el estado etéreo. Es forzosamente necesario que el estado primordial de la Substancia trascienda toda forma, toda cosa, todo sér por vastísimo que sea.

Lo Absoluto es la Fuente de la Fuerza y de la Materia, y al mismo tiempo el campo infinito para su manifestación. Si por «sér» se entiende constantemente una entidad cualquiera de la Multiplicidad que compone lo Relativo, no habría ningún mal en emplear la palabra «Nada» para aludir á lo que trasciende á todos los conceptos, á todos los objetos, á todos los séres. Me parece que si los que todavía disputan acerca del concepto de la Nada pudiesen llegar á considerarla como el estado inmanifestado de la Esencia Infinita, que es la Base de toda manifestación, darían un gran paso hacia el conocimiento de la Tradición Universal, en la cual se fundan todas las enseñanzas de todos los Grandes Maestros de la Humanidad.

Lo Absoluto no es, pues, nada de lo que podemos imaginar. Es infinitamente superior á lo que consideramos como el Todo, esto es, á lo Relativo, cuya manifestación, por vasta que sea, es necesariamente finita, porque tiene límites, partes y direcciones. Basándose en lo Absoluto, la manifestación de lo Relativo tiene evidentemente posibilidades infinitas, por lo que la Manifestación de lo Relativo es necesariamente periódica por manera infinita, pasando de la Inmanifestación á la Manifestación, de la latencia á la actividad y *viceversa*.

Lo Relativo es la expresión de la Gran Ley de Causa y Efecto, la cual es un aspecto de lo Absoluto y la Primera Causa de toda Manifestación Universal. La Primera Causa es el Centro que está en todas partes, es la Unidad que produce la manifestación de la Multiplicidad. Es la Omniautoconciencia, que se expresa periódicamente por modos infinitamente diversos en una sucesión infinita de Universos. Téngase presente que no

hay grados de Omniautoconciencia, y que, por lo tanto, la Gran Manifestación Universal no es una progresión, sino una *expresión,* porque *el Dios* no tiene que alcanzar la Perfección, pues como aspecto de lo Absoluto, el Uno es superior á toda Perfección, y como Causa Primera de toda manifestación, es la Perfección misma.

Por lo que precede se ve que es vana toda especulación acerca de lo Absoluto. Sólo los múltiples aspectos del Uno pueden ser objeto de nuestro conocimiento, el cual conocimiento crece á medida que se va desarrollando nuestra conciencia.

Al iniciar el Uno la manifestación de Lo Relativo, aparece la dualidad de Espíritu (ó conciencia) y Materia, es decir, de Sujeto y Objeto. No puede haber conocimiento sin que haya un conocedor y una Cosa Cognoscible. El conocedor debe, ante todo, tener algún conocimiento de sí mismo, y por lo mismo, su conocimiento de todo objeto abarca á la vez el conocimiento que tiene de sí mismo. De esto resulta que la parte objetiva del conocimiento, aunque sea distinguible, no es, sin embargo, separable de la parte subjetiva, esto es, del Yo. Siendo, pues, el conocimiento, de sí mismo la base de todo conocimiento, es evidente que el perfecto Autoconocimiento tiene que ser la Omniautoconciencia. Esto explica el antiguo precepto «Cónocete á ti mismo», cuyo conocimiento, limitado en la Multiplicidad, y, por consiguiente, imperfecto, es el *principio* de todo conocimiento; pero como realización inteligente del Uno, base de todas las entidades de que se compone la Multiplicidad, es el *Fin* de todo conocimiento.

CARTA III

Sujeto y Objeto.

Cuando digo: «Yo pienso, yo hablo, hago tal ó cual cosa, etc.», por la palabra «yo», expresada ó callada, afirmo ante todo mi propia existencia distinguiéndome de todos los demás séres; y, cualquiera que sea el juicio que yo emita, se manifiesta mi autoconciencia como base del mismo, pues no hay una sola dirección en que pueda dirigir mi mente sin que yo afirme que *yo soy.* Al decir «yo pienso», sé que yo soy el que piensa, y el conocimiento que tengo de mi propia existencia, es forzosamente anterior al juicio que emito. Por esto, en vez de decir: «Yo pienso», *luego soy,* sería más exacto

decir: «Yo pienso *porque* soy», siendo así que mi existencia no depende de mi pensamiento, sino que mi pensamiento es una manifestación de mi existencia.

Al decir «yo», me distingo de todos los demás séres sin posibilidad alguna de confundirme con cualquiera de ellos. Todos los séres son diferentes, ó sea desiguales, porque si fuesen iguales, no habría conciencia posible, siendo así que lo que llamamos conciencia no puede expresarse sin que haya un ser consciente y un objeto de que tenga conciencia. Si todos los séres fuesen iguales, no serían distinguibles los unos de los otros, ni podría ninguno distinguirse á sí mismo. Es evidente, por tanto, que la afirmación del «yo» necesita al mismo tiempo el reconocimiento del «no-yo», por lo que la conciencia del yo no puede manifestarse sin el no-yo, de la misma manera que este lado del papel en que estoy escribiendo no puede existir sin el lado opuesto. Es imposible destruir este lado para que quede el otro sólo, porque el destruir el uno sería destruir el otro también, siendo así que cada uno es la base del otro. Los dos polos del ser—Espíritu y Materia, Sujeto y Objeto—son, por tanto, absolutamente inseparables.

Observamos que la pura conciencia del yo es permanente, esto es, invariable en todas las épocas de la vida, en todas las condiciones por las cuales pueda pasar un ser inteligente. Siempre es la misma la idea del «yo», siempre es «yo soy yo». No sólo el crecimiento del cuerpo no afecta la conciencia de sí, sino que las personas que pierden alguno de sus miembros, ó que se quedan ciegas, sordas ó mudas, conservan su conciencia propia sin mengua alguna. Los ciegos y sordo-mudos de nacimiento, al adquirir los medios de ponerse en comunicación con otros séres no sólo manifiestan la plena posesión de la conciencia del yo, sino que demuestran mayor ó menor aptitud para adquirir conocimientos científicos ó artísticos.

Es de suma importancia notar que son muchísimos los que toman por su *yo* lo que otros consideran como parte del *no-yo;* pero á pesar de esto, todos manifiestan la misma idea simple del yo, esto es, afirmando su autoconciencia al principio de todo juicio que emiten. Por ejemplo, los cristianos que tienen un concepto muy imperfecto acerca de la constitución humana, dicen que el hombre es un compuesto de cuerpo y alma, y tanta importancia dan al cuerpo físico á pesar de su impermanencia

evidentísima, que sostienen que ha de resucitar como vehículo del alma en la vida celestial ó infernal. Sin embargo, su lenguaje no concuerda con semejante concepto, como lo prueban expresiones como éstas: «Mi cuerpo», «Mi alma», «Yo lo siento en el cuerpo y en el alma». En estas expresiones, el alma y el cuerpo son declarados clara, aunque inadvertidamente, parte del no-yo, pues el poseedor no puede confundirse con la cosa poseída.

Todo hombre que procura darse cuenta de su propia naturaleza y del porqué de su existencia, tiene que analizarse en todos los planos accesibles á su grado de desarrollo mental. Su análisis es constantemente una distinción entre el yo y el no-yo. Cuando llega á comprender que su cuerpo físico está sujeto á cambios continuos, comprende también que su conciencia del yo es permanente, puesto que le proporciona un punto fijo, desde el cual puede observar todas las cosas que se hallan al alcance de su percepción, las cuales reconoce como transitorias porque varían constantemente. Así es como se distingue no sólo del cuerpo físico, sino también de su naturaleza pasional, de su naturaleza intelectual y aun de su naturaleza esperitual, pues observa cambios en ellas. Él es testigo de que las pasiones están sujetas á modificaciones, y que son reprimibles y aun suprimibles. Es testigo del desarrollo intelectual por medio del cual se ensancha la esfera de su acción y de su percepción, y por fin es testigo de un progreso espiritual, esto es, de una lucha constante entre el egoismo y el altruismo, y de una abnegación creciente para el bien de los demás séres. Llega así mentalmente á los umbrales de la Divinidad, y empieza á comprender que él es realmente templo de un Dios, esto es, de un Hijo de «el Dios», ó sea de un Rayo de la Divina Unidad. Ya no es metafórica para él la afirmación de Jesús, «Dioses sois» (Juan X. 34).

De todo lo que precede podemos deducir las siguientes proposiciones principales de epistemología, ó sea, teoría del conocimiento:

1.ª No puede haber conocimiento sin que haya un conocedor y algo cognoscible, sujeto y objeto.

2.ª No puede haber conocimiento sin que el conocedor se distinga del objeto de su conocimiento.

3.ª El conocedor ó sujeto no puede tener conciencia de sí mismo, sino distinguiéndose del objeto de su conocimiento. En-

tonces se reconoce á sí mismo como el «yo», y al objeto de su conocimiento como el «no-yo».

4.ª En todo conocimiento el «yo» y el «no yo», aunque distinguible, son absolutamente inseparables.

5.ª Una entidad inteligente no puede tener conocimiento de cosa alguna sin tener al mismo tiempo cierto grado de conciencia de sí misma como base de su conocimiento.

6.ª Es imposible conocer al objeto por sí solo, esto es, separado por completo de toda conciencia de sí. El «yo» es parte integrante de todo conocimiento, por lo que el *objeto total,* ó sea *lo conocido,* es siempre *el objeto, más el sujeto.*

7.ª Es imposible conocer al «yo» por sí solo, esto es, separado de toda cosa y privado de todo pensamiento. Sólo puede conocerse á sí mismo el «yo» en un estado particular ó unido á algún «no-yo», es decir, con algún elemento del cual pueda distinguirse.

CARTA IV

Aspectos de lo Absoluto.

Como lo hemos visto por las proposiciones epistemológicas con las cuales terminé mi carta anterior, todo conocimiento es forzosamente relativo y no puede haber conocimiento absoluto alguno de cosa alguna. Es evidente también que «lo Absoluto» no puede ser objeto de conocimiento, porque si bien al remontar de efecto á causa, ó al seguir cada causa-efecto al efecto-causa subsiguiente, sin poder hallar fin alguno, llegamos á postular «lo Absoluto», es preciso tener presente que lo postulamos como lo Incomprensible en lo cual se pierde nuestra comprensión, y reconocer que nos es absolutamente imposible formarnos concepto alguno de Ello. «Lo Absoluto» es, pues, inconcebible é inefable, y por consiguiente incognoscible.

Veamos ahora en qué consiste nuestro conocimiento.

El «yo» se distinque del «no-yo» percibiendo las impresiones que producen en los vehículos de su conciencia los objetos del mundo exterior. Estas impresiones llegan primero al cerebro del cuerpo físico por medio de los órganos de los sentidos. En el cerebro se hallan los centros que vibran conforme á la naturaleza de las impresiones recibidas, las cuales son comunicadas á los vehículos hiperfísicos hasta llegar al asiento de la concien-

cia donde se transforman en percepciones. Percibimos vibraciones que llamamos sonoríferas, tangíferas, luminíferas, gustíferas y odoríferas, según los sentidos que afectan. Forma, color, sonido, densidad, blandura, dureza, suavidad, aspereza, gusto, sabor, etc., son, por lo tanto, vibraciones producidas por los cuerpos que se hallan en la esfera de nuestra percepción, incluso nuestro cuerpo físico propio. Todas estas vibraciones son formas de movimiento según lo demuestra la experiencia diaria. De esto tenemos que deducir que nuestro conocimiento, por complicado que sea, y como lo es en efecto, se resume en una sola cosa, á saber: el Movimiento.

Por nuestas percepciones tenemos conceptos de limitaciones y, por consiguiente, de extensión, distancia, espacio, masa, posición, etc., y no pudiendo concebir movimiento alguno sin algo que se mueva, imaginamos de pronto algo que existe por sí y que llamamos materia. Por otra parte, podemos influir en nuestro cuerpo físico así como en los que se hallan á nuestro alcance, y así observamos, que todos los cuerpos se afectan más ó menos los unos á los otros, modificando sus movimientos y produciendo los cambios de que somos testigos. Buscando la causa de estos efectos, la cual no es, según lo dicho, ni materia ni movimiento —y la experiencia nos demuestra que no puede haber movimiento sin un motor y una cosa movida—llegamos al postulado de la Fuerza.

La Materia, como existente por sí, esto es, como la «cosa movida», no puede tener más atributo que la *inercia*, cuyo atributo es la negación de todo factor común á la Materia como tal y al estado de movimiento por el cual pasa. Sin embargo, observamos que no podemos manifestar fuerza alguna, sino por medio de cuerpos (nuestro cuerpo físico y otros), que actúan ya como instrumentos transmisores, ya como receptores de los efectos de tal fuerza; por otra parte, siendo tan sólo movimiento todas nuestras percepciones, la masa de los cuerpos, esto es, la cantidad de materia de que se componen, no puede expresarse sino en términos de movimiento. Nos es, pues, completamente imposible imaginar la Materia y la Fuerza, cada una por sí sola. La Materia y la Fuerza son, por tanto, dos componentes abstractos absolutamente inseparables, por los cuales se manifiesta el Movimiento como objeto de sensación. Son los dos aspectos, activo y pasivo, de un *substratum* en si mismo inmanifestado,

esto es, inmanifestado como unidad, pero que aparece como dualidad inseparable en el campo de la manifestación.

Nuestro conocimiento de las cosas es, por consiguiente, en su más simple y clara expresión, una trinidad de Movimiento, Fuerza y Materia.

Ya hemos visto como, al buscar la causa primera, llegamos á postular una gran causa sin causa, ó sea «lo Absoluto», lo cual es la raíz de toda manifestación de la dualidad. Veamos cómo podemos llegar á este postulado absoluto en términos de Movimiento, Fuerza y Materia.

Es evidente desde luego que podemos hacer crecer ó disminuir *ad infinitum* una cantidad cualquiera. Si tomamos una unidad de cualquier orden y la multiplicamos por otra ú otras indefinidamente, no tardamos en reconocer que no es posible llegar á un resultado final, siendo así que podemos imaginar, aun sin operación alguna, cantidades siempre mayores. Además, podemos tomar la misma unidad ú otra cualquiera, y dividirla indefinidamente sin llegar tampoco á resultado alguno que pudiéramos considerar como final. En un caso tenemos que postular lo infinitamente grande, y en el otro, lo infinitamente pequeño, los cuales son en realidad tan sólo uno; es decir, que transcendiendo todo, límite físico é hiperfísico, postulamos el espacio abstracto absoluto. Por otra parte, la sucesión de los objetos, en el espacio y en el tiempo, su construcción y destrucción, sus cambios y modificaciones, el movimiento de traslación de un sinnúmero de cuerpos y el movimiento de los átomos de todos—aun de los que nos parecen inertes—, nos demuestran que el movimiento es la naturaleza de todas las cosas, y que está en todas partes. Buscando el primer motor, remontando de movimiento en movimiento, llegamos á postular el movimiento abstracto absoluto.

Estos dos aspectos de «Lo Absoluto» se distinguen bajo diversos nombres, según el punto de vista bajo el cual se consideran. Así, el movimiento abstracto absoluto se simboliza también por el término «gran aliento», el cual aparece con el carácter de ideación precósmica, y es por lo mismo el origen y fuente de la fuerza y de toda conciencia individual. Como enseña la *Doctrina Secreta,* es la vida primordial, eterna invisible, pero omnipresente, sin principio ni fin, aunque periódica en sus manifestaciones. El espacio abstracto absoluto es llamado el divino prin-

cipio substancia, uno y homogéneo, la causa radical única. Es la realidad omnipresente é impersonal, latente en cada átomo del Universo y el Universo mismo. Llámase también substancia-raíz precósmica este aspecto de «lo Absoluto», el cual es la base de todos los planos objetivos de la naturaleza.

Pasando de esta triada metafísica—«lo Absoluto» y sus dos aspectos—á la iniciación de toda manifestación, tenemos las tres hipóstasis: *conciencia, substancia* y *movimiento.*

CARTA V

Vida-Conciencia.

Antes de tratar el asunto de la presente carta debo decir algo más acerca de la Materia y de la Fuerza, las cuales, como queda dicho, son dos componentes abstractos absolutamente inseparables. Es evidente, desde luego, que han de estar igualmente presentes en todos los objetos de nuestra percepción, ya sea que éstos nos aparezcan bajo el *aspecto materia,* ya bajo el *aspecto fuerza.* En otras palabras, la dualidad *fuerza-materia* está presente igualmente en lo que se llama materia, lo mismo que en lo que se llama fuerza. Por ejemplo, un alambre de cobre contiene en sí el aspecto fuerza tanto como el fluído eléctrico contiene en sí el aspecto materia. El hecho de que el fluído eléctrico puede almacenarse es suficiente prueba de su materialidad.

Tenemos en la aguja imantada un símbolo perfecto de la inseparabilidad de dichos aspectos. Como lo sabéis, la aguja imantada tiene dos polos, el positivo y el negativo, y además un punto neutro equidistante entre los dos polos. Ahora bien; si cortamos una aguja imantada á la mitad, esto es, en su punto neutro, no tendremos un pedazo con una extremidad positiva y otra neutra, y otro pedazo con una extremidad negativa y otra neutra, como podría esperarse desde luego, sino que tendremos dos imanes perfectos, cada uno con sus polos positivo y negativo y su punto neutro. Igual cosa sucederá si rompemos uno de los fragmentos del imán original, y después, por modo indefinido, un fragmento de cada nuevo imán. Queda así probado, por una parte, que en el punto llamado neutro se hallan los dos polos en estado inmanifestado, y por otra, que siguiendo la división hasta el átomo físico, éste también resulta ser un imán perfecto. Los dos polos existen, tanto en lo infinitamente pequeño, como en lo infinitamente grande.

Consideremos ahora la Vida y la Conciencia.

Hemos visto que los aspectos de lo Absoluto se distinguen bajo diversos nombres. Notamos también que el aspecto Movimiento es fuente y origen de la Fuerza y de toda Conciencia Individual, y que además es la Vida Primordial. La Vida es al mismo tiempo Movimiento y Fuerza, como lo vemos en todos los séres. En cuanto á la Conciencia Individual, es el poder de responder á las vibraciones al mismo tiempo que la facultad de percibirlas, y es, por lo tanto, Movimiento y Fuerza Inteligente. La Vida y la Conciencia son una misma cosa—bajo dos puntos de vista—la Unidad y la Multiplicidad. Como todo poder tiene su raíz en lo Absoluto, la fuente de toda conciencia individual ha de ser la Omniautoconciencia, el aspecto Conciencia de lo Absoluto, acerca del cual es inútil especular. Por lo que precede, y lo que sobre ello se ha dicho antes, son sinónimas las expresiones empleadas para designar las Tres Hipóstasis, Conciencia, Substancia y Movimiento, ó sea, Materia, Fuerza y Movimiento, ó también Materia, Fuerza y Conciencia.

Los antiguos veían la Vida en todas las cosas, esto es, reconocían que cada cosa es una manifestación de la Vida en vehículos más ó menos desarrollados, desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande. La ciencia moderna toma ahora un derrotero que la conduce infaliblemente al concepto antiguo, pues se reconoce que «no es absolutamente necesario tener una celdilla para producir una manifestación de vida, y que en el seno del protoplasma hay una madeja embrollada de granulaciones, filamentos, unidades microscópicas que, aunque de orden inferior, poseen, sin embargo, en sí mismas el principio de su actividad.

La Vida Absoluta no puede producir un átomo inorgánico. «Materia orgánica» y «materia inorgánica» son términos puramente arbitrarios, por los cuales expresamos nuestras limitaciones de percepción y de comprensión, pues es un hecho que hay una infinidad de vibraciones que no podemos percibir con nuestros sentidos físicos, no sólo más allá de las series que nos son accesibles, sino también dentro de éstas. Así, por ejemplo, la piedra nos parece inerte, y, sin embargo, sus átomos están dotados de un movimiento vertiginoso. Además, queda suprimida la barrera entre lo orgánico y lo inorgánico, pues se ha llegado á descubrir en los cristales los principales atributos que

caracterizan á los séres llamados vivientes, á saber: la forma rigurosamente definida, la aptitud para adquirirla y restablecerla, reparando las mutilaciones que llegan á sufrir, el crecimiento nutritivo á expensas de las aguas-madres que forman su medio de cultura, y, por último, lo que es más asombroso, la reproducción por el proceso generativo.

No sólo viene reconociendo la ciencia moderna que todo es vida, sino también que la conciencia y la vida son inseparables. El movimiento no puede convertirse en sensación; sólo puede ser considerado como movimiento por una entidad consciente, la cual es el factor sintetizador necesario de las percepciones. La vida es la acción deliberada de un operador que trabaja con un propósito definido. No puede haber una manifestación de vida sin que haya al mismo tiempo una manifestación de conciencia por rudimentaria que ésta nos parezca. Hay, pues, que admitir, la existencia de dos factores, á saber: el receptor-transmisor y un observador interior, el cual, por más que dependa de su instrumento físico para percibir el universo material y comunicarse con él, no deja de ser una entidad ni de poseer facultades muy superiores á las que le es dable expresar por medio de sus órganos físicos. El Universo es, por consiguiente, la manifestación de la Vida-Conciencia Una, por medio de innumerables formas materiales de muchísimos grados de densidad, siendo cada forma el vehículo de un centro de vida-conciencia.

La Vida-Conciencia Una es en sí misma Inmanifestada, pues no puede haber manifestación sino por medio de una pluralidad, sujeto y objeto, como queda dicho. Para nosotros, la Conciencia Absoluta es esencialmente potencial, por ser infinita, y es por lo mismo inconcebible, por lo cual podemos llamarla Inconsciencia Absoluta, Metaconciencia ó Supraconciencia. Ningún nombre puede expresar lo Indefinible. Téngase presente que lo que llamamos inconsciencia en este mundo es forzosamente relativo, como lo vienen corroborando los experimentos científicos. La experiencia diaria nos demuestra que se puede estar inconsciente en lo físico y estar consciente en lo mental al mismo tiempo, como, por ejemplo, cuando está concentrada nuestra atención en algún problema, olvidamos el hambre, la sed y todo dolor físico.

A. F. GERLING

BIBLIOGRAFÍA

Prentice Mulford.—*Nuestras fuerzas mentales.*—Traducción de Ramón Pomés.—Carbonell y Esteva, editores, Rambla de Cataluña.—Barcelona, 1907. 3 volúmenes.

La casa editorial de Carbonell y Esteva ha realizado un magnífico trabajo publicando esta interesante obra, de la que ya nos hemos ocupado en otra ocasión (SOPHIA, Mayo y Noviembre de 1906). Y lo ha realizado de un modo admirable y completo confiando el trabajo de verterla al castellano á una persona inteligente é idónea que ha sabido no sólo traducir la letra, sino el ritmo interior que hay en la gran obra de Mulford.

Si alguna vez nos estuviese permitido hacernos responsables de una recomendación, de dar una buena lectura á nuestros amigos, no vacilariamos en recomendar este libro, que es una obra perfecta y satisface por entero á los que sufren todas las angustias y miserias de nuestros días.

De los místicos contemporáneos—Mulford casi lo es—, este autor es el que está más cerca de los que oponen una resistencia al culto y á la cultura del sentimiento; y es el que más educa y eleva lo que duerme en la mayor parte de los hombres.

Emerson, en cierto modo, es, como ha dicho Nietzsche, un poco mantecoso, demasiado blando, quizás algo enfermizo en algunas ocasiones que, dejándose llevar menos del sentimiento que de una inteligencia acaso disgustada contra los hombres, por querer llevar á la fuerza la iniciación de un sentimiento, cae en algo que no parece aceptable para todo el mundo. Prentice Mulford, más cerca de todos, más inmediato al público á quien se dirige, es menos deslumbrador que Emerson, pero deja más cosas en el ánimo del lector, cosas que resucitan más tarde, que se despiertan en uno como si uno las hubiera tenido y por el trajín de la vida las hubiéramos olvidado.—*R. U.*

Hegel.—*Filosofía del espíritu.*—Traducción de E. Barriovero y Herran.—«Biblioteca Científico-Filosófica».—D. Jorro, editor, calle de la Paz, 23.—Madrid, 1907.—2 volúmenes.

La presente obra del célebre filósofo alemán es, como dice su traductor, el Sr. Barriobero, la más metódica de cuantas escribió.

Esta obra es una obra independiente, mejor dicho, que puede considerarse como tal, aunque el autor la incluyó como tercera parte de la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas.*

Se ha hecho un verdadero servicio á los estudiantes de Filosofía con la versión de estas páginas, donde pueden encontrarse y reconocerse fácilmente los cimientos y las bases de muchas ideas modernas.

El capítulo consagrado á la religión revelada es uno de los más sólidos é interesantes de este libro, cuya recomendación no hemos de hacer ahora y cuyo valor no hemos de fijar, ya que tanto éste como aquélla los han fijado y hecho los días que han sucedido á la aparición del mismo. Nuevo siempre, útil de veras, es conveniente repasarlo, porque nadie ha influído de un modo más decisivo y con más extensión en el pensamiento europeo que el célebre filósofo alemán.—*R.*

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.